

de la Iglesia, ya reunida, ya dispersa, á los ojos de tantos Papas y tantos Obispos, á los de todas las potencias católicas y de sus gabinetes, y aún á los de los magistrados, que la han visto durante largo tiempo en todo su esplendor, sin haber merecido nunca de su parte el menor cargo? ¿Qué apareció en los archivos y colegios de la Compañía cuando fueron ocupados violentamente y desterrados los Jesuitas? ¿En qué se apoyó la supresion de esta Orden? Por último, la misma multitud y contrariedad de las acusaciones contra la Compañía basta para su justificacion (1).

CAPITULO IV.

El Clero.

Aunque la mayor parte de los hombres ilustres de que nos hemos ocupado en los capítulos anteriores, han pertenecido al Clero en los diversos grados de su gerarquía, conviene, sin embargo, presentar en éste los títulos que el Clero católico tiene á la consideracion y gratitud del mundo todo, la sin razon con que le acusan sus enemigos y el descaro con que le calumnian.

Afortunadamente, la conducta del Clero en el cumplimiento de sus deberes y en su vida privada, es un hecho constante de todos tiempos y lugares, que está á la vista de todos, y es la mejor respuesta á las acusaciones de que es víctima. Todos los hombres que discurren de buena fe no pueden ménos de respetar al Clero católico y admirarle. Confesaremos, sin embargo, que desgraciadamente hay en el Clero bastantes individuos que se olvidan con frecuencia de su sagrado carácter y son causa del odio que se tiene á la clase en general. Nadie como el mismo Clero lo lamenta y procura por todos los medios posibles evitarlo, y

(1) Véase *De la existencia y del instituto de los Jesuitas*, por el P. de Ravignan.—*Historia de la Compañía de Jesús*, por Cretineau-Joly.

las faltas de los Clérigos indignos jamás quedan impunes por parte de la Iglesia, desde el momento que se saben con certeza. Pero estos Clérigos no son tantos como dicen los adversarios, ni sus faltas tan graves como ellos las pintan y exageran, y, por otra parte, estas faltas resaltan más y parecen más feas porque se ven al lado de las sólidas virtudes de la clase. Son como una mancha negra en un lienzo blanco muy limpio. Aún diremos más; esas faltas son más bien flaquezas y debilidades que delitos, y perjudican solo al Clérigo que las comete y nunca á un tercero. ¿Cuántos Clérigos han ido á los tribunales civiles y han sido condenados á presidio por ladrones, asesinos ó perjuros? Citen sus nombres los que se lamentan de los escándalos del Clero. En cambio, nosotros citaríamos nombres manchados con tan feos delitos de todas las clases de la sociedad. Por último, no tememos asegurar que los Clérigos que son tenidos por más relajados, son mejores en todo lo demás que los seglares tenidos por muy morigerados, y como ciudadanos exceden mucho en general á todos sus vecinos.

Con la concision que nos imponen los límites de esta obra, haremos la apología y vindicacion del Clero católico, regular y secular, y despues le pondremos en parangon con el de las sectas disidentes.

§ I.—*El Clero regular.—Ordenes religiosas* (1).

El Clero regular y todas las Ordenes religiosas nunca han tenido enemigos sino entre los libertinos, los herejes, los incrédulos y los políticos liberales, que apenas adquieren el poder público se apresuran á destruir las Comunidades, «para destruir, dicen, á los que fomentan el fuego del fanatismo,» lo cual equivale á decir la religion católica.

Los clamores contra las Ordenes religiosas han resonado en tan gran número de escritos, sobre todo en los tiem-

(1) Tomamos este artículo del *Manual* ya citado del Padre Boone.—Véase Vergier, artículo *Monje, Monasterio, Ordenes religiosas*.—Montalembert, *Los Monjes de Occidente*, introduccion.

pos modernos, que se ha formado contra ellas una opinion contraria aun entre los buenos católicos. Nuestro siglo de progreso considera á las Ordenes monásticas como un resto de los tiempos de ignorancia; los votos le parecen una piadosa exageracion de celo. ¿Acaso, dice, no se puede servir á Dios sin engolfarse en la soledad y sin encadenar su libertad? ¿No se puede ser útil á sus hermanos, viviendo en el siglo, edificarlos con el ejemplo, dedicarse á buenas obras y servir más inmediatamente á la religion y á la sociedad? Respondemos á estos ataques insidiosos, demostrando la excelencia del estado religioso y sus muchas ventajas para la religion y para la sociedad.

El estado religioso es muy conforme á la doctrina de Jesucristo, y á sus consejos, como lo ha reconocido la Iglesia en todos los siglos. El hombre tiende á la perfeccion por los tres votos solemnes de pobreza, obediencia y castidad (1), por los cuales se consagra á Dios enteramente y para siempre; que es el mayor sacrificio que puede hacer. Por eso es considerado por los Santos Padres como una especie de bautismo que perdona todos los pecados, y como un martirio de toda la vida, si bien un martirio dulcificado por las gracias más abundantes (2).

En este estado se alejan las ocasiones de pecar, se halla una grande facilidad para dedicarse á las cosas espirituales, para guardar los mandamientos divinos, y para practicar todas las virtudes: en él son más meritorias las obras; se encuentran más socorros espirituales, de parte de los superiores y de los hermanos, más bendiciones en los trabajos del sagrado ministerio, y más cuidados paternales del mismo Dios, que sin duda ninguna ama especialmente á los que se dedican enteramente á su servicio. En él se halla tambien la proteccion especial de la Santísima Virgen, y, en fin, la esperanza fundada de la predestinacion.

(1) Estos votos son esenciales á todas las Ordenes religiosas; pero el modo de vivir, de trabajar, de orar, de mortificarse, etc., es diferente segun el fin particular de cada una.

(2) Platus, *Felicidad del estado religioso*, lib. I, cap. 13.

Desde el tiempo de los Apóstoles, fué conocido en la Iglesia el estado religioso; pero especialmente se desarrolló maravillosamente en el siglo IV. Despues aparecieron de época en época esas Ordenes religiosas que la Iglesia ha mirado siempre con la mayor predileccion, que han recibido los elogios de los Padres, los privilegios y gracias de los Romanos Pontífices, y el favor de los más ilustres príncipes.

Las Ordenes religiosas son como víctimas puras que, con sus ruegos y virtudes, sirven de contrapeso á las iniquidades del mundo. Esta mision de la oracion llega á los fundamentos de la religion, pues supone la reversibilidad de méritos del justo en favor del pecador; y ciertamente es así. Las buenas obras de los Santos atraen las bendiciones del Cielo, como los crímenes de los malvados atraen los castigos. Por eso es preciso que haya almas puras que interpongan sus oraciones para detener los castigos de la justicia divina.

Las Ordenes religiosas son tambien muy útiles á la Iglesia y á la sociedad, por sus virtudes y buenos ejemplos. Todos los males provienen de tres concupiscencias, de los honores, de las riquezas y de los placeres, y, por lo tanto, la práctica de las virtudes contrarias asegurará á la sociedad la mayor suma de felicidad que se puede disfrutar en este mundo. Mas, ¿cómo persuadir estas virtudes? Por el ejemplo, que es el lenguaje más elocuente y más popular. Pues las Ordenes religiosas dan este ejemplo: la vista de un Convento es un gran predicador que habla todos los idiomas y evita muchos crímenes.

Los Conventos hacen un gran beneficio á la sociedad acogiendo á muchas personas que no gustan del mundo ó que no pueden permanecer en él; aquellas tambien que aspiran á la perfeccion evangélica que nos recomienda Jesucristo, y, en fin, á la clase numerosa de los que por multitud de causas no tienen su lugar en la sociedad. ¡Cuántos tristes naufragios políticos, cuántas pasiones burladas, cuántas esperanzas engañadas, cuántos remordimientos vivos nos alejan cada dia más y más del mundo! Por mu-

cho tiempo fué un consuelo para el género humano que hubiese asilos siempre abiertos para los que querían huir del mundo, de las revoluciones y de la eterna agitacion de aquellas tristes épocas. Era una cosa muy bella tener esas casas religiosas, en donde se hallaba un retiro seguro contra los golpes de la fortuna y contra las borrascas del propio corazon; y hay que confesar que es una filosofía bien bárbara y una política bien cruel en querer obligar al infortunio á vivir en medio del mundo.

Las Ordenes religiosas son el único remedio contra el terrible pauperismo que amenaza á todos los Estados, como reconocen ya todos los economistas. La supresion de los Conventos ha aumentado el número de célibes forzosos y ha sobrecargado á las familias, las cuales tenían en los Conventos un medio de descargarse sin gastos, pues para entrar en ellos no se exigía más que virtud y vocacion. Las rentas de los Conventos eran como un tesoro público, una fuente de caridad para todos los miserables; pero desde que se suprimieron aquéllos, perdieron los pobres su patrimonio, y era natural que se sublevaran contra el rico y abrazasen el socialismo. Los Gobiernos no saben qué hacer de la juventud que se precipita por bandas en la carrera de los empleos.

En los momentos de crisis, los Gobiernos hallaban grandes recursos en los ahorros de los Conventos. Carlos V, que sabía calcular, dijo que Enrique VIII, al destruir los Monasterios en Inglaterra, había matado á su gallina de los huevos de oro, y no se engañó, porque dos años despues de haber despojado á los Conventos, Enrique VIII se vió obligado á hacer bancarota, y á abandonar el fruto de sus rapiñas para pagar el salario de sus cómplices en aquella medida. En todas las naciones se ha observado que han crecido los apuros del Erario despues de haber devorado los millones sacados de los bienes de los Conventos. Inglaterra, Francia, España y Bélgica son la prueba.

Las Ordenes religiosas son una fuente de bienestar para la sociedad. Reunidas muchas personas se mantienen con ménos gastos y consumen en el país lo que tienen. Si dis-

frutan rentas no las gastan para sí mismos, pues llevan una vida frugal, no las trasportan á países extranjeros, y, por consiguiente, quedan en beneficio del público, de los arrendadores, de los obreros y de los pobres, y servían para levantar esos establecimientos de beneficencia que todos bendicen.

La Europa debe casi exclusivamente á las Ordenes religiosas la fe católica y la verdadera civilizacion. Inglaterra debe su civilizacion á San Agustin, Irlanda á San Patricio, y desde éstas fueron Religiosos á evangelizar la Alemania y los pueblos del Norte. San Bonifacio fué el apóstol de estas regiones, así como tambien de Baviera, Zuringia y Sajonia; y San Wilibrord estableció la fe en Frisia, Holanda y Dinamarca. Los Religiosos penetraban en aquellos países cubiertos de espesos bosques, los desmontaban y edificaban ciudades y aldeas, y abrían Iglesias y escuelas para moralizar é instruir á los hombres. De este modo, por la instruccion y la religion, estos hombres divinos conseguían á la vez la conquista y la libertad de los pueblos.

En la série de los siglos, las Ordenes religiosas continuaron propagando el Evangelio por todas las partes del mundo y convirtiendo á las naciones bárbaras. La historia de la civilizacion cristiana en Asia, en Africa, en las dos Américas, en Oceanía y en las islas más apartadas, está íntimamente ligada á la historia y á los trabajos apostólicos de las Ordenes religiosas.

Los hombres más ilustres de la Iglesia católica se han formado en los cláustros. No es posible contar el número de Santos, de Papas, de Cardenales, de Arzobispos y Obispos, de doctores y escritores célebres, con que las Ordenes religiosas han enriquecido á la Iglesia (1).

En todos tiempos las Ordenes religiosas han hecho los

(1) Solo la Orden de San Benito contaba en tiempo del Papa Juan XXII 15.559 Religiosos puestos en el catálogo de los Santos, 18 Papas, 184 Cardenales, 1.564 Arzobispos, 3.512 Obispos y otros innumerables de sus hijos distinguidos por sus escritos y por sus trabajos.

mayores servicios á los pueblos en el santo ministerio. Es natural que unos hombres, que habían tomado en el seno de la vida religiosa los grandes principios de caridad, de celo, de desinterés, y que estaban al abrigo de todo temor para el porvenir, y no soñaban en dejar una herencia á sus parientes, fuesen excelentes para todas las funciones pastorales. Acaso por esta consideracion, por espacio de muchos siglos, se iba á escojer los Obispos á los Monasterios. Despues del Concilio de Trento, estas Ordenes religiosas y las numerosas congregaciones de uno y otro sexo contribuyeron eficazmente al renacimiento de la piedad entre los fieles, y áun el mismo Clero secular ganó en virtud, en ciencia, en consideracion y en influencia. Por el contrario, en todos los países en que fueron suprimidas dichas Ordenes, se notó desde luégo un gran resfriamiento en la fe y una gran corrupcion en las costumbres y aumento en los crímenes.

Las Ordenes religiosas contribuyeron maravillosamente al desarrollo de la agricultura, la primera de las artes y la fuente de toda verdadera riqueza. Como ya hemos observado, las Abadías más florecientes fueron en otros tiempos espesas selvas y pantanos que los Religiosos convirtieron en comarcas fértiles y habitables, y por los trabajos de la penitencia hicieron lo que jamás hubiera intentado el interés de los particulares. Los Religiosos adquirieron con los desmontes dominios extensos, á cuyo cultivo no bastaban ellos solos, y, por lo tanto, se les asociaron una multitud de desgraciados que hallaron entre ellos una subsistencia cómoda y asegurada. Y al paso que los Religiosos aumentaban sus rentas por sus trabajos y economía, ensanchaban los dichosos canales de la caridad para derramarlas sobre la sociedad. Cuando las guerras arruinaban á muchos ciudadanos, iban á buscar un refugio á los Monasterios.

Las Ordenes religiosas salvaron las ciencias y las artes del naufragio de las irrupciones de los bárbaros, y cultivaron siempre con el mayor éxito las ciencias sagradas y profanas. Hay muchos trabajos que no pueden ser ejecuta-

dos sino por sociedades ó grandes comunidades, por muchos individuos que obran de concierto y que se sucedan de unos á otros, como las misiones, los colegios, las grandes colecciones literarias, etc. No es pequeño servicio hecho á la Iglesia haber recogido cuidadosamente todo cuanto durante el curso de los siglos ha interesado, ya sus creencias, ya su disciplina, ya las costumbres de los cristianos; sus decisiones, sus leyes, sus progresos, sus pérdidas, y los hombres que la han ilustrado por su ciencia ó por su virtud. Sin los Monjes no hubiéramos sabido lo que pasó en la Iglesia y en el mundo durante siete ú ocho siglos. Sin ellos no tendríamos bibliotecas ni se hubieran conservado las obras de los antiguos escritores. Al mismo tiempo que nos guardaban las obras de la antigüedad de todo género de literatura y nos hacían conocer su mérito, tenían dos clases de escuelas, unas interiores para los Monjes y otras exteriores para el público, en las que enseñaban todos los conocimientos de su época. Por último, contribuyeron á extender el gusto de las artes, y levantaron en su mayor parte los asombrosos monumentos que todavía son la gloria de nuestra edad y los modelos que estudian nuestros artistas.

Pero principalmente debe la sociedad á las Ordenes religiosas los incansables esfuerzos que han hecho por aliviar las desgracias y miserias de la humanidad. No hay una calamidad que no haya tenido una institucion para aliviarla. La caridad, que es el distintivo del Catolicismo, no podía faltar á los que hacen profesion de aspirar á la perfeccion evangélica.

Los cautivos encontraron libertadores en los hijos de San Juan de Mata y de San Pedro Nolasco; los enfermos fueron cuidados por los Bethlemitas y los Religiosos de San Juan de Dios; los moribundos vieron endulzada su agonía por los regulares de San Camilo; los pobres fueron socorridos por todas las religiones; los ignorantes educados por los Escolapios, los Jesuitas y los Dominicos. Nombrar á San Vicente de Paul, es recopilar en un solo nombre todas las obras de caridad y el alivio de todas las miserias á la

vez: el cuidado de los niños expósitos, de los enfermos, de los apestados, de los ancianos impedidos, de los enajenados, de las jóvenes arrepentidas, etc. Otros se han dedicado á enterrar á los muertos, á preparar á los condenados al último suplicio, á facilitar y asegurar el camino á los viajeros, etc. Nada ha escapado á la previsora caridad de las Ordenes religiosas. Para convencerse del gran número de comunidades de uno y otro sexo consagradas á la humanidad doliente, léase la *Historia de las Ordenes religiosas*, por Heliot.

Ya hemos hablado en otro lugar de las Ordenes religioso-militares.

En apoyo de lo que acabamos de decir, vamos á citar una parte de la bella encíclica dirigida por Nuestro Santísimo Padre Pío IX á todos los Superiores generales, Abades provinciales y otros jefes de las Ordenes regulares. Ella es el compendio y confirmacion de este artículo.

«Apenas por un secreto designio de la Providencia fuimos elevados al gobierno de la Iglesia universal, entre las grandes obligaciones y los graves cuidados de nuestro ministerio apostólico, ninguno estuvo más vivamente arraigado en nuestro corazón que el de mostrar á vuestras familias de Religiosos los sentimientos del todo, y particularmente afectuosos de nuestro amor paternal, de testificarles toda nuestra benevolencia, de protegerlas, defenderlas y de trabajar con todas nuestras fuerzas por aumentar su bienestar y su esplendor. Establecidas, en efecto, por santísimos personajes, inspirados por el Espíritu Santo, para procurar la mayor gloria de Dios y la salud de las almas y confirmadas por esta Silla Apostólica, ellas concurren por la multiplicidad de sus formas á la admirable variedad que esparce un maravilloso brillo sobre la Iglesia; y ellas componen aquellas falanges escogidas, aquellas columnas auxiliares de los soldados de Jesucristo, que fueron siempre para la sociedad civil, como también para la sociedad cristiana, un poderoso socorro, un ornamento y reparo. Sus miembros, llamados por una gracia especial de Dios á practicar los consejos de la sabiduría evangélica, no esti-

mando nada comparable á la sublime ciencia de Jesucristo, despreciando con un alma grande y un corazón invencible las cosas de la tierra para no conocer sino las del Cielo, se han mostrado constantemente aplicados á las obras eminentes y á los gloriosos trabajos, por los cuales han merecido bien de la Iglesia católica y de los Gobiernos temporales. Ciertamente nadie ignora ni puede ignorar, que las congregaciones religiosas, desde el primer momento de su institucion, se han ilustrado produciendo innumerables personajes que, distinguidos por la diversidad de su saber y la profundidad de su erudicion, resplandeciendo con el brillo de todas las virtudes y con la gloria de la santidad, revestidos algunas veces de las dignidades más altas, abrasados en el amor más ardiente á Dios y á los hombres, propuestos en espectáculo al mundo, á los Angeles y á los hombres, no conocieron otras delicias que aplicar todos sus cuidados, todo su celo, toda su energía á meditar noche y día las cosas divinas, llevar en su cuerpo la mortificacion del Señor Jesús, propagar la fe católica del Oriente al Occidente, combatir valerosamente por ella, sufrir con gozo las amarguras de todo género, los tormentos y los suplicios hasta sacrificar su misma vida, apartar á los pueblos ignorantes y bárbaros de las tinieblas de la mentira, de la ferocidad de sus costumbres, del fango de sus vicios, para conducirlos á la luz de la verdad evangélica, á la práctica de las virtudes, á los hábitos de civilizacion: cultivar, conservar y resucitar las letras, las ciencias y las artes; formar cuidadosamente en la piedad y en las buenas costumbres las almas tiernas y los corazones de cera de los niños, imbuirlos en sanas doctrinas, y volver á los caminos de la salud á los que se han extraviado. Como si esto no fuese bastante, abriendo sus entrañas de misericordia, no hay un acto de caridad heroica que ellos no hayan ejercido áun á precio de su vida, para prodigar con amor todos los socorros oportunos de la beneficencia y de la prevision cristianas, á los esclavos, á los prisioneros, á los enfermos, á los moribundos, á todos los desgraciados, á los pobres, á los afligidos para mitigar su dolor,

enjuagar sus lágrimas y proveer con toda suerte de cuidados y de remedios á todas sus necesidades.

Esta es la causa porque con tanta justicia y razon los Santos Padres y Doctores de la Iglesia han hecho los más grandes elogios de estos piadosos observadores de la perfeccion evangélica, y los han defendido con tanto vigor contra los enemigos que acusan temerariamente á estos institutos sagrados de ser inútiles y funestos á la sociedad. Por su parte, los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, llenos de una benévola afeccion á las Ordenes religiosas, jamás han cesado de cubrirlas con la proteccion de la autoridad apostólica, de defenderlas y de enriquecerlas de honores y de extensos privilegios, sabiendo perfectamente los grandes bienes y numerosas ventajas que la república cristiana ha recibido en todo tiempo de tales institutos.»

Concluimos, pues, que el *Estado religioso, aconsejado por nuestro Señor Jesucristo, aprobado y fomentado en todos tiempos por la Iglesia católica, profesado por millones de Santos, ilustrado por los más grandes talentos, ha sido siempre, y será en adelante, utilísimo á la Iglesia y á la sociedad.*

§ II.—Los misioneros.

A pesar de lo que acabamos de decir en general á favor de las Ordenes religiosas, no podemos ménos de dedicar algunas líneas en elogio de aquellos de sus miembros que se distinguen entre todos por su mérito especial; tales son los misioneros y las Hermanas de la caridad. En mi juicio nada hay tal vez más admirable entre las grandezas más sólidas de nuestra religion.

El verdadero modelo del misionero es el mismo Jesucristo. El se abandona por completo en manos de Dios, dispuesto á ejecutar sus órdenes, y es á la vez ministro y víctima. A imitacion del divino Maestro que le envía, el misionero abraza á todos los hombres en la extension de su amor. El misionero se ve obligado á dejar su familia, su casa y su pátria, y se aleja sin mirar atrás: se despoja de

todos los lazos que le unen á la tierra, para ocuparse exclusivamente de los intereses del Cielo. Soldado decidido de Jesucristo, considera como su pátria todo país en que pueda enarbolar el estandarte de la cruz. Sus hermanos y sus amigos son en lo sucesivo aquellos pobres salvajes á quienes enseña á formar el signo de la redencion, y á pronunciar el nombre adorable de nuestro Salvador. Necesita un valor heróico para afrontar los peligros sin número á que está expuesto, los obstáculos insuperables que se le presentan por todas partes, y ha de tener una paciencia invencible para soportar las penas, los disgustos, las fatigas, los desprecios y las persecuciones que le aguardan. Para poder hablar de más alto á los hombres, sube sobre el Calvario y se abraza con la cruz. Tal es el verdadero misionero, tal es Jesucristo.

Que el Hombre Dios tuviera la fuerza necesaria para cumplir dignamente este importante ministerio, se comprende, sabiendo que la divinidad sostenía con su omnipotencia á la débil humanidad á que estaba unida. Pero que los hombres hayan seguido valerosamente este camino difícil marcado por la sangre del Salvador, esto es lo que llena á cualquiera de la más profunda admiracion.

En primer lugar, el misionero hace el sacrificio de su propia voluntad, para someterse enteramente á las órdenes de sus superiores, que lo envian sin consultarle á las extremidades del globo. Desembarca en un país desconocido, sin amigos y sin protectores, y frecuentemente sin recursos, en medio de pueblos salvajes y tal vez antropófagos. Tiene que pasar día y noche en estudiar una lengua bárbara, tiene que sufrir todo género de privaciones, tiene que superar mil dificultades y peligros, y tiene que hacerse violencia para adquirir hábitos y costumbres en oposicion con su vida entera, asimilándose á los salvajes á quienes va á evangelizar. Empieza despues á predicar el reino de Dios y anunciar á Jesucristo. Una violenta persecucion se levanta contra él, y tiene que huir precipitadamente á otro lugar, en donde se repite lo mismo. Llega, por fin, una persecucion más violenta que las otras; en vano huye,

se oculta y anda errante por los bosques y las montañas pidiendo hospitalidad, cuando no tiene otro remedio, á las fieras ó á hombres poco diferentes de ellas. Pasado algun tiempo de esta vida tan llena de azares y peligros, es arrestado y cargado de cadenas, y tiene el dolor de ver que aquellos á quienes ha convertido se ven obligados á apostatar ó sufrir el último suplicio. El mismo es sometido á los más horrorosos tormentos, y al fin muere lleno de oprobios, de dolores y de heridas, como el propio Jesucristo, á quien ha tomado por modelo.

Tal es la suerte ordinaria del misionero. Otras veces es devorado por las fieras, envenenado por las serpientes, ahogado en los rios, ó muere de hambre y de fatiga. Cuando otro misionero igualmente celoso va á proseguir la obra del primero, de quien no se tienen noticias, suele encontrar su cuerpo devorado por las aves de rapiña. Arrodiándose en la arena, le cava una sepultura, sobre la cual pone una cruz que forma de dos palos y es el primero que invoca al mártir.

Fuerza es confesar que los misioneros merecen con toda justicia el nombre de héroes. Sacrificarse en un país desconocido, entre suplicios crueles, no dejando muchas veces ni aun memoria de su nombre, penetrar por amor á la humanidad á donde no han llegado los más atrevidos navegantes, ni los más intrépidos viajeros, sin ninguna esperanza de recompensa sobre la tierra por tantos sacrificios, abrazar espontáneamente una vida de tan suprema abnegacion y tan constante trabajo, es un valor á que no alcanzan por sí mismas las fuerzas humanas. Es sin duda mayor grandeza y heroísmo la del pobre misionero que muere entre tormentos en una playa salvaje, abrazado al crucifijo, inmolándose por amor á sus semejantes, que la de aquellos hombres á quienes el mundo levanta monumentos por haber muerto al pié de una bandera, casi siempre sin poderlo evitar. Los héroes del mundo son sanguinarios, los héroes de la religion son de paz.

Si atendemos á los resultados, veremos que estos pobres misioneros, solos con la cruz, han conquistado más nacio-

nes que hubieran podido conquistar los más intrépidos guerreros á la cabeza de numerosos ejércitos. Ellos han llevado la civilizacion á las naciones más bárbaras, y la India, la China, la América, el Africa, la Oceanía, les deben los primeros destellos de la luz que ha brillado en ellas. Al mismo tiempo que enriquecían el alma con la fe católica, enseñaban á los salvajes el modo más fácil de proveer á las necesidades y aun comodidades del cuerpo, á cultivar la tierra y á hacer casas y vestidos. Nadie ignora que las bárbaras regiones del Paraguay fueron convertidas por los misioneros Jesuitas en un Edem.

En medio de sus trabajos apostólicos hallaban los misioneros tiempo suficiente para escribir sus memorias y sus cartas, llenas de sencillez y de erudicion, cuyas noticias han servido tanto á los progresos de la geografía, de la botánica y la medicina; y, sobre todo, para conocer las costumbres y moralidad de los pueblos más remotos (1). A veces hacían importantes descubrimientos que se apresuraban á comunicar á Europa, ó enriquecían los museos con

(1) «El misionero no es un viajero que habla de un país de que no ha visto sino la superficie, rápidamente y desde la portezuela de su coche, ó solo que ha permanecido mucho tiempo en una ciudad particular, ignorando con frecuencia la lengua del país, ó conociéndola imperfectamente; no juzgando de ordinario sino de oídas; no estando en relaciones personales más que con un corto número de habitantes; en fin, contentándose con estudiar el país bajo el punto de vista comercial ó científico, raras veces bajo el punto de vista moral. Muy diferente es el misionero. No ha habitado una sola poblacion, sino muchas; tampoco se ha contentado con cruzar rápidamente el país: lo ha recorrido en todas direcciones, las más veces á pié y ha permanecido en él largo tiempo. Su ministerio le ha obligado á estudiar la lengua del país; se ha puesto en relacion con todas las clases; se ha iniciado en todos los detalles y secretos de la vida íntima; se ha identificado con el pueblo, en cuyo guía y padre se ha convertido. Hombre instruido y modesto, su vida entera depone en favor de su veracidad». Gaume, *Hist. de la Sociedad doméstica*, III parte cap. 9.º